

Remedios Zafra, *El bucle invisible*, Oviedo: Ediciones Nobel, 2022

Remedios Zafra gana en 2022 el Premio Internacional de Ensayo Jovellanos con su ensayo *El bucle invisible*. En este retoma una investigación ya comenzada en obras anteriores —pensamos en *Un cuarto propio conectado: (ciber)espacio y (auto)gestión del yo* [2010] o en *(h)adas: Mujeres que crean, programan, prosumen, teclean* [2013]—, la cual se preocupa por la tecnología, la razón técnica y algorítmica, por todo esto que prolifera sin ser visto, y que por eso nos causa cierto temor (p.13). Es un texto en el que se emplea un lenguaje accesible, que engarza con el objetivo popular del contenido, a saber, lograr desentrañar unas vivencias que nos atraviesan a la amplia mayoría y que generan tanto interés como inquietud en la contemporaneidad.

Cada día nacen nuevos avances tecnológicos que amenazan prácticas y formas de vida a las que estamos acostumbrados, y, a pesar del desajuste y la incompreensión que esto provoca, no suele haber una respuesta de rechazo, sino un encogimiento de hombros que acepta lo supuestamente inevitable: es el avance de los tiempos, se dice. Zafra pretende que nos detengamos, que miremos fijamente a estas nuevas vivencias y circunstancias que a todos nos resultan familiares; para conseguir tal cosa, la autora se sirve de su propia experiencia personal, relatándonos vivencias que se vuelven colectivas en el momento en el que nos reconocemos en la frustración y el cansancio de la autora ante un mundo que cambia y que deja de poder hacerse cargo de ella. Este texto se propone, y logra satisfactoriamente, descifrar el malestar e incompreensión que todos sentimos en ciertas circunstancias en las que las tecnologías y la razón matemática intervienen, logrando descubrir la causa de estos sentimientos y convirtiéndolos en una consciencia que nos permita tomar decisiones, sabiéndonos ahora conocedores de nuestra situación y dueños de nuestro destino.

Sabiendo la intención del ensayo y su carácter, pasamos pues ahora a analizar el cuerpo del texto, atendiendo a las cinco partes en las que se divide. En el primer capítulo del ensayo, que tiene por nombre “Trabajo y cultura algorítmica”, determinará qué dimensión de ese objeto, al que tantas veces se ha acercado, es la que esta vez será de interés. Así, lo que se (y nos) preguntará Zafra en esta ocasión es cómo haremos, cómo será posible revertir este cambio por el que la racionalidad matemática y técnica han logrado dar forma a las estructuras relacionales de las comunidades humanas, al menos y sobre todo en las sociedades democráticas occidentales (p.15). A ese fenómeno, Zafra lo denominará *el bucle invisible*; con este acto de enunciación pretenderá sacar a

la luz las inercias sociales y culturales que de manera inconsciente reproducimos, y que han nacido al calor de la proliferación de las nuevas tecnologías, de las mediciones estadísticas, de las secuencias de reglas o normas escritas mediante algoritmos (p.31). Antes de continuar, Zafra hace una aclaración que determina de qué manera debemos entender esta obra. En este texto se rechazará que las únicas posiciones a adoptar respecto a la tecnología sean dicotómicas, a saber, a favor o en contra; al contrario, la autora sabe que solo puede ocupar la posición de la ambivalencia, de la duda, de la desconfianza que aun así acepta, y hasta cierto punto desea, convivir con el objeto de sus sospechas (p.15).

Hechas las presentaciones, comienza la indagación en el segundo capítulo, “La repetición como cemento simbólico del poder”. Aquí Zafra presenta a los humanos somos seres de costumbres, sosteniendo que la reiteración se adhiere a nuestro cuerpo y nuestra mente sin que lo decidamos de manera del todo activa o consciente. Y cómo no iba a ser así, afirma, pues los ritos son un remedio contra el abismo de posibilidades que es un nuevo día, si las actividades repetidas y las manías estructuran nuestra vida y le otorgan un sentido. Pareciese pues que los *bucles* formen parte de lo que somos y que no necesariamente son origen de un mal. Nos propone entonces centrar nuestra atención en la otra palabra que compone el título de este libro, “invisible”, pues aquí parece residir el problema, la posibilidad de que alguien, tal vez *algo* —por extraño que parezca— ejerza un corrosivo poder sobre la humanidad.

Concluye Zafra que, ya que la repetición forma parte del carácter humano, la tecnología, en tanto que hija de la humanidad, necesariamente estará imbuida por esta condición. Llegados a este punto se desvelará otro problema, a saber, que esta creación nuestra comienza a escaparse de nuestro control. Zafra empezará haciéndonos notar que, en la actualidad, la mayoría de las tecnologías están diseñadas mediante códigos cerrados que gran parte de nosotros ni entiende ni puede alterar, siendo propiedades de empresas y fuente de riqueza para algunos (p.65). Pero las aplicaciones y objetos tecnológicos están dotados de un carácter opaco también por otros y diversos motivos.

En primer lugar, al existir en contexto de economía de mercado, las lógicas de este último son las que determinan cómo deben ser usadas las tecnologías, para así proveer un beneficio económico a aquellos que pueden llamarse *propietarios* de las mismas (p.67). Sería pues un error, un engaño, vender a “la digitalización como autonomización sin filtro ni error

humano”, pues, por un lado, los algoritmos privados (esto es, la mayoría) responden a lógicas de mercado, y, por otro lado, son siempre fruto de “determinados imaginarios que proponen y crean deseo” (*ibidem*). Con esto último, Zafra se refiere al hecho de que, como venía diciendo, la mayoría de las aplicaciones y el hardware que usamos son creación de un grupo concreto de la sociedad, a saber, de programadores e informáticos, un grupo social compuesto por individuos con ciertas características compartidas —son mayoritariamente hombres, blancos, de clase media, heterosexuales...— (p.71). Además de todo esto, los algoritmos, como sistemas predictivos que se construyen sobre determinados datos, no solo están constituidos por el imaginario de las personas concretas que los crean, sino por las estadísticas, las cuales, a su vez, se nutren de “la masa” (p. 67). Zafra ahondará en esta última característica.

Uno de los principales riesgos de los algoritmos cuando se relacionan con los humanos será, precisamente, el hecho de que se erijan sobre estadísticas. Para saber dar respuesta a los individuos que a ellos recurren, los algoritmos tienen que contar con ciertos datos sobre los humanos, y para ello recurren a la probabilidad: cómo es más probable que sea un humano, cómo es más probable relacionarse con él de forma exitosa, qué es más probable que un humano requiera de X algoritmo o *hardware*. El peligro de esto es evidente: la reificación silenciosa, *invisible*, que supone tomar como un hecho inmodificable, una observación inafectada sobre toda la humanidad, lo que es un dato sobre porcentaje mayoritario; un dato porcentual que, por otra parte, con toda seguridad sea el resultado de unas condiciones sociales, económicas e históricas concretas. En palabras de Zafra:

la sentencia que permite que la máquina funcione pasa por presuponer que tendremos una conducta estandarizada y que el beneficio de un conocimiento global debe pasar por alto el daño colateral del error, el perjudicar o simplificar a quienes son leídos velozmente como masas (p.64).

En un tercer y breve capítulo, “Números (no) hacen humanos”, se desarrollará una defensa de la universidad, entendida como lugar en el que

se producen [...] escrituras y discursos de la libertad ilustrada, formando sujetos lectores y conocedores de las razones y conocimientos de otros y libres para construir desde esos saberes un pensamiento propio, pudiendo cuestionar cuando los bucles invisibles nos cohesionan o nos dañan (p.90)

De nuevo, los bucles y la repetición no siempre se entenderán como ejercicios perjudiciales, pero si se nos pedirá prestar atención a su posible *invisibilidad*, que puede propiciar que se reiteren ritos que nos dañan.

Sea como sea, Zafra insiste en que *la Universidad*, entendida como la institución poseedora de las características arriba enumeradas, no puede equipararse sin más a *las universidades*, a esos edificios existentes en distintos ciudades y países, en los que

se relacionan alumnos y profesores concretos, entre los cuales se transmite un cierto corpus de saber mediante determinadas dinámicas establecidas. Estas últimas no son ajenas al momento histórico en el que existen, y es por ello que la actividad universitaria contemporánea está marcada por la evaluación en bucle (p.90) de docentes, investigadores y alumnos, por la producción de conocimiento estandarizado en su forma (pensamos, por ejemplo, en *papers* e informes) y en su contenido (los temas de investigación deben encajar en alguna de las categorías previamente determinadas por la universidad y su sistema de facultades y asignaturas). Zafra hace pues un llamado a que las universidades sean reapropiadas por la humanidad, para que de ellas emerjan de nuevo librepensadores, para que estas instituciones sirvan para desarrollarnos, fortalecer nuestras libertades y desplegar y multiplicar nuestras posibilidades, en lugar de trabajar nosotros para ellas y sus limitadas expectativas.

Tras esto llega el cuarto capítulo, “Máquinas no comen humanos”. El título alude a ese discurso tranquilizador mediante el que se asegura que las máquinas no pueden constituir una amenaza para los humanos, al fin y al cabo, solo son *máquinas, tecnología, números*, palabras todas ellas que parecen venir acompañadas por los adjetivos neutral, eficaz, incontrovertido, justo. Zafra intentará cuestionar aquí esta manera de entender la tecnología, advirtiendo de los riesgos de normalizar que las máquinas resuelvan conflictos humanos con sus decisiones automáticas.

Debemos deshacer cuanto antes la ligazón entre números descriptivos y objetividad, debiendo pasar a relacionar el ámbito numérico y matemático con la parcialidad (p. 115). Los números, las estadísticas, son generadores y perpetradores de bucles invisibles que refuerzan el estado actual de las cosas: los datos numéricos solo se preguntan cuánto, qué o quién, pero nunca por qué o cómo, y es por eso que no deberíamos, por ejemplo, interpretar como realidad sin más ni a las estadísticas que relacionan ciertos comportamientos con determinados estratos de la sociedad (las mujeres, las comunidades racializadas, empobrecidas...), ni los grandes números que refuerzan el éxito de “«lo más seguido» o «lo más visto»), asentando sin resistencia la preminencia de un valor y un crédito mercantilizados” (p. 117).

Así las cosas, los números por sí mismos no pueden tomarse como herramientas descriptivas de las características inalterables del mundo, pues son, en todo caso, un retrato de la actualidad, entendiendo a la actualidad como resultado de unas condiciones precisas, unos contextos concretos y contemporáneos, los cuales, por supuesto, pueden ser modificados. Y no solo por ello los números deben considerarse conocimiento parcial, siempre situado en un contexto concreto en el que son válidos, sino que, repitiendo un argumento ya utilizado, debemos reparar en *quién* está detrás de estos números. El sector de las tecnologías informáticas sigue “dominado por hom-

bres de lugares muy localizados del mundo” (p. 128), y “cuando una identidad prevalece en un determinado trabajo o poder que no requiere la envergadura o fuerza del elefante, cabe sospechar de la desigualdad que la promueve” (p. 129).

El objetivo de este capítulo sería pues el de denunciar la decisión cada vez más extendida de dejar que sea la máquina la que interactúe con un humano que busca ayuda, que pide soluciones. Al final y al cabo, estas, para responder, deberán acudir al repositorio de opciones y respuestas que previamente han diseñado para ellas, siendo imposible salirse de este espacio prediseñado: nuestras posibilidades quedan, así, cercenadas. Para ilustrar este fenómeno, Zafra nos pondrá de ejemplo su propia experiencia con ciertos servicios de salud: cuando ha intentado contactar con estos, la mayoría de las veces se enfrentaba a una voz robótica que no podía hacerse cargo de la historia de la escritora, sino que le daba una serie de opciones predeterminadas, y si sus circunstancias no se ajustaban perfectamente a alguna de ellas, allí acababa la conversación y la posibilidad de ayuda y atención (p. 121). Se llega pues a la conclusión de que la tecnología, al funcionar siendo dependiente de una serie de opciones delimitada y determinada de antemano, atendiendo a una serie de datos estandarizados, deja sin posibilidad de acompañamiento a muchas realidades diversas. Lo más capcioso tal vez sea que esta marginación a veces es planeada, pues tomar en cuenta a estos *otros* no es económicamente rentable. Queda, pues, un paisaje en el que parece que “la empatía fuera esa “«distracción humana y poco productiva» de querer entender al otro, ponerse en el lugar del otro.” (p. 147).

El final del libro llega bajo el título “Empatía y poder. La humanidad leída y las máquinas.” El análisis desplegado a lo largo del texto parece llevarnos a la conclusión de que el problema de los bucles invisibles no nace con las nuevas tecnologías, pero sí alcanza novedosas dimensiones, formas y potencialidades con ellas. La cuestión, pues, no es hacer desaparecer las tecnologías, sino entender qué patrones de comportamiento humanos las hacen volverse contra la humanidad misma. El diagnóstico es, entonces, que fácilmente somos absorbidos por las inercias, dejando de ser conscientes de que lo son, que la empatía

para hacernos cargo de las vidas y casos individuales requieren tiempo y capacidad de desplegar nuestra libertad, cosa que a veces no es posible hacer al ir contra los intereses de la economía de mercado.

Tras dibujar esta imagen del presente, Zafra insiste en la posibilidad de realizar esfuerzos para que un futuro más optimista se abra camino. Hay que detener los bucles invisibles, y esto puede hacerse si empezamos a vivir en un tiempo de ritmo pausado y con una proliferación de la atención empática, la cual requiere de una inversión de dinero y recursos humanos; todo ello revertiría en “una mayor calidad de vida social, una mejora psíquica colectiva, un contexto que favorezca la comprensión entre humanos abordado de veras los problemas y no solo las ganancias” (p. 157).

El texto finaliza poniendo en el centro un término: *contagio*. La potencia de la repetición es arrolladora, pero por suerte también lo es la de la capacidad de contagio de la suma de decisiones personales que acaba convirtiéndose en fenómeno colectivo (p.181). Si uno de nosotros logra parar, detenerse frente al bucle, examinarlo y decidir cómo comportarse frente a él, se abren nuevas posibilidades para los que rodean a esta persona convertida en punto de fuga. El cambio es posible, así lo afirma Zafra, pero tampoco se nos permite olvidar que, para que tomar las riendas de nuestra libertad sea un movimiento colectivo, deben darse ciertas circunstancias, como una reflexión más pausada, más dedicación a la investigación, ciencia y educación, una reducción de los poderes económicos sobrepuestos al poder ciudadano... (p. 186). Así, en definitiva, en este texto Zafra acaba logrando edificar una defensa de aquellas garantías públicas y sociales que hacen posible el desvío, que amenazan el bucle y con ello facilitan la construcción de una *ética* ciudadana —esto es, un corpus de decisiones del que podamos llamarnos autores conscientes y posibles modificadores o destructores, si esto llega a ser necesario— que sea capaz de hacer frente a las decisiones algorítmicas.

Tania Hernández González
 Universidad Complutense de Madrid (España)
therna02@ucm.es
 0009-0003-5245-5162